MATILDE.

DRAMA ORIGINAL EN UN ACTO

ESCRITO EN PROSA POR

MANUEL M. ARRIOJA.

Estrenado en el Teatro Guerrero de Puebla la noche del 19 de Marzo de 1891.

PUEBLA. 1891.

IMPRENTA M. CORONA CERVANTES,
calle de Cholula núm. 2.

v.23 H L

MATILDE.

DRAMA ORIGINAL EN UN ACTO

ESCRITO EN PROSA POR

MANUEL M. ARRIOJA.

ESTRENADO EN EL TEATRO GUERRERO DE PUEBLA LA NOCHE DEL 19 DE MARZO DE 1891.

PUEBLA. 1891.

IMPRENTA M. CORONA CERVANTES,
calle de Cholula núm. 2.

PERSONAJES.

MATILDE, 32 años.—*Sra. Josefina Duclós.*

JAVIER, 45 años.—*Sr. Ricardo Lafuente.*

ROSA, 52 años.—*Sra. Castañeda.*

EPOCA ACTUAL.

ACTO ÚNICO.

Gabinete de Matilde elegantemente amueblado y decorado, revelando en sus adornos buen gusto y sencillez. Puertas en el fondo y laterales, á la izquierda primer término una que conduce á las habitaciones de Matilde, en segundo término la que comunica con la alcoba de Rosa. A la derecha, segundo término, alcoba de Federico. En primer término, un piano con varios papeles de música. Consolas con espejos, jarrones con flores, reloj en una de ellas, etc. A la derecha, próximo al proscenio, pequeño escritorio para señora. A la izquierda sofá y sillones. Mesa en el centro con varios objetos de arte.

ESCENA 1.ª

Al levantarse el telón aparece Matilde escribiendo.

MATILDE.

Sí, Ricardo debe partir.... Su porvenir y la tranquilidad de nuestro hogar así lo exigen.... Si Javier llegara á sospechar que yo.... á descubrir que ese joven.... No, no, tal acontecimiento podría ser la causa de nuestra común desgracia. Sin embargo, cuán dolorosa va á ser para mí esta separación!.... Dejar de verlo, y acaso para siempre, saber que ya no está cerca de mí, él que ha sido tan desgraciado, que con su abnegación y su ternura ha sabido conquistarse mi cariño.... ¡Vamos, valor! El cumplimiento de mi deber me manda ahogue los sentimientos de mi corazón. *Se enjuga el llanto que á su pesar nubla su vista y escribe convulsivamente.* Se acabó! debe comprender que si le ordeno se aleje de aquí, no es la falta de cariño lo que

motiva mi conducta. *Leyendo la carta que acaba de escribir.* "Próximo estás á abandonar, quizá por mucho tiempo, el suelo que te vió nacer. Muy pronto, más pronto de lo que yo quisiera, atendiendo únicamente á los impulsos de mi corazón, nos separará el Océano. Ya no podré verte, Ricardo, ya no podré escuchar de tus labios que el cariño que te he inspirado ha sido el único sentimiento que te ha hecho soportable la existencia. Demasiado sabes que con todo mi corazón correspondo ese sentimiento, y que tu felicidad me preocupa tanto como la mía propia. He aquí la causa de nuestra separación. Tu presencia, cerca de mí, podría sernos fatal. No me preguntes por qué. Tiempo vendrá en que pueda comunicártelo. Baste por ahora que sepas que nuestra separación es necesaria á nuestra tranquilidad, y que cualquiera que sea la distancia que nos divida, nunca será bastante para hacer que te olvide. Ven antes de partir, sabes la hora en que puedo recibirte. Al darte el último adiós, te entregaré el retrato que tantas veces te he ofrecido." *Dobla la carta, la coloca en una cubierta y escribe la dirección, mientras continúa hablando.* ¡Pobre Ricardo, y pobre de mí también, separados uno de otro! Cuánto sufrirá en un país extranjero, lejos de mí, única persona á quien amaba y de quien era tan querido. *Al pronunciar las últimas palabras aparece Javier por la puerta del foro, sin que Matilde lo advierta. El observa los movimientos de Matilde, se acerca lentamente y le habla. Matilde se extremece y oculta la carta que ya está cerrada en su escritorio.*

ESCENA 2.ª

Matilde y Javier.

JAVIER.

Dulcemente. ¡Matilde!

MATILDE.

Con turbación. ¡Ah! ¿Eres tú?

JAVIER.

Sí, soy yo. Estabas tan distraída cuando llegué, que ni has oído el ruido de mis pasos. Sin duda el asunto que te ocupaba, era de tal manera importante, que absorvía toda tu atención. ¿Podrás decirmè qué hacías?

MATILDE.

Nada.... estaba....

JAVIER.

Me pareció que tenías una carta en la mano.

MATILDE.

Sí, es verdad, acababa de escribir á Julia, diciéndole.... me remitiera la dirección de su modista.

JAVIER.

Mucho me complace lo que dices; me demuestra que tienes la intención de abandonar la vida de aislamiento que habías adoptado.

MATILDE.

Demasiado sabes que nunca me ha agradado frecuentar la sociedad.

JAVIER.

No opinabas de la misma manera durante los primeros años de nuestro matrimonio. Los conciertos, los teatros y los bailes, tenían para tí grande atractivo; mientras que ahora, no solamente rehusas concurrir á tales espectáculos, sino que hasta para visitar y recibir á tus amigas, te resistes á adornarte. Hace mucho tiempo que no veo lucir en tu garganta el collar que tuve el gusto de ofrecerte, en uno de los aniversarios de nuestro matrimonio.

MATILDE.

Tienes razón.... pero á mi edad.... *Turbada.*

JAVIER.

Sonriéndose. Al oirte, cualquiera diría que llegas ya al ocaso de tu existencia, cuando por el contrario, estás en los momentos más preciosos de la vida de la mujer. Pero no, Matilde, no es exacto lo que dices, ni es eso lo que sientes. ¿Crees, por ventura, que no he advertido la marcada variación que en tu carácter se ha efectuado? Antes, al despertar por la mañana, estaba acostumbrado á oir tu dulce voz, entonando una de las deliciosas melodías de Schuber ó de Gounod; ahora rara, muy rara vez escucho los acordes del piano acompañar tu canto. *Acercándose á Matilde y con acento tierno.* Antes, al concluir las ocupaciones que me obligaban á estar lejos de tí, deseaba con ansia volver á mi hogar, porque sabía que al llegar á él encontraría á mi esposa, á mi Matilde, que con sus tiernas caricias me hacía olvidar las fatigas del trabajo. Antes, siempre tenías para mí, una amorosa sonrisa, una palabra de consuelo que disipaba los disgustos que rodean al hombre de negocios. Ahora, siempre te encuentro meditabunda y triste, una idea fija te preocupa, una idea, que no puedo adivinar cuál sea; pero que sin duda alguna acibara tu existencia, acibarando al mismo tiempo la mía.

MATILDE.

Estás preocupado. Hay mucha exageración en lo que dices. Es verdad que algunas veces la tristeza nubla mi semblante, pero es producida por una dulce melancolía provocada por la memoria de mi madre. Recuerda que hace poco tiempo que murió.

JAVIER.

Tomándole cariñosamente las manos, y contemplándola con

ternura). Sí, Matilde, lo recuerdo. ¿Pero es cierto que no tienes algún otro motivo de pesar? Si así fuera, lejos de reprochar, sería el primero en elogiar tus sentimientos. Los hijos que no respetan y veneran á aquellos á quienes deben la existencia, y que no honran su memoria, no tienen corazón.

MATILDE.

¿Y por qué dudas que mi alma pueda abrigar tan hermosos sentimientos? A la verdad me inspiran profunda compasión aquellos á quienes faltan los cariños y consejos de sus padres, su desventura me conmueve. ¡Comprendo lo mucho que deben sufrir, porque yo también soy huérfana!

JAVIER.

Matilde, no pronuncies palabra tan amarga! No estás sola en el mundo. Me tienes á mí que te amo con todo el corazón, que vivo únicamente para tí.

MATILDE.

Sí, Javier, lo veo. Más que verlo, lo siento, lo comprendo. Estoy persuadida de que me amas tanto como yo á tí, y esta creencia constituye mi felicidad. Vamos, ya te he explicado la causa de mi tristeza. ¿Concedes que tengo razón?

JAVIER.

En mucha parte sí.... pero....

MATILDE.

Concluye. ¿Qué quieres decir?

JAVIER.

(*Procurando desechar una idea importuna*). Es que á veces me parece que estás ya cansada de mi amor!.... Entonces

siento que mi corazón se hace pedazos, me causa hastío la vida, y loco, frenético, evoco la muerte como término á mi martirio.

MATILDE.

¡Javier!....

JAVIER.

Pero me hablas como ahora lo has hecho, me demuestras que tu alma acoge mi cariño, y mis dudas se desvanecen, lo olvido todo, y me entrego por completo á mi felicidad!

MATILDE.

Calla, no digas más, si prosigues hablando de esa manera yo seré la que dude de tu amor. Pero no, no soy tan vengativa, y para demostrártelo y al mismo tiempo, manifestarte que mi carácter no ha cambiado, (1) voy á cantarte una de esas melodías que tanto te agradan. (*Se dirige al piano, entre tanto Javier se acerca al escritorio y se sienta en la silla. Matilde comienza á cantar. Javier distraídamente toma algunos de los objetos que están en el escritorio, y casualmente ve la carta que escribió Matilde, se apodera de ella y lee la dirección. El actor debe emplear para recitar el siguiente parlamento, precisamente el tiempo que Matilde emplee en cantar la melodía. Al concluir, procura dominar su emoción, guardando la carta en la bolsa de la levita. Matilde se levanta del piano y se acerca cariñosamente á Javier*).

JAVIER.

¡Dios mío! Qué es esto? "Señor Don Ricardo García." ¿Será posible? ¿Habré leído bien? Sí. No hay duda. Pero si me dijo que era á Julia á quien acababa de escribir..... Mi mente se extravía. ¿Qué es lo que debo hacer? Ella! Disimulemos.

MATILDE.

(*Levantándose*). ¡Vamos, amigo mío! ¿No merezco ni un

aplauso? ¿Acaso no ha sido de tu gusto la melodía que acabo de cantar? (*Lo abraza. Javier sin poder ocultar la preocupación de que se halla poseído corresponde el abrazo con suma frialdad*).

JAVIER.

Ahora, como siempre, has interpretado con suma delicadeza el pensamiento del autor.

MATILDE.

Sin embargo, noto en tu acento una indiferencia tan marcada que, francamente, en extremo me disgusta.

JAVIER.

(*Pudiendo apenas contenerse*). ¡Matilde! ¡Matilde!....

MATILDE.

Qué tienes, Javier? Algo me ocultas. (*Pretende tomarle la mano*).

JAVIER.

(*Desprendiéndose de ella comienza á pasearse procurando dominar su emoción*). No, déjame.... No tengo nada! (*Javier continúa paseándose del proscenio al foro y viceversa. Matilde aprovecha los momentos en que se dirige al foro para acercarse al escritorio, busca violentamente la carta y al no encontrarla dice la exclamación siguiente con acento concentrado, y se dirige á Javier. Este le indica con imperioso ademán la puerta que conduce á su habitación. Matilde antes de salir vuelve la cabeza en ademán suplicante. Javier permanece inflexible, y después meditabundo, se acerca al escritorio y se sienta*).

MATILDE.

(Ah! Dios mío!) ¡Javier, escucha!

JAVIER.

¡No quiero oir nada!

MATILDE.

¡Te suplico que me oigas!....

JAVIER.

Retírate!

ESCENA 3.ª

Javier solo.

¡Ah! ¡Qué horrible desengaño! Al fin conozco la causa de su pertinaz tristeza!.... ¡Al fin la casualidad ha venido á descorrer el velo que me ocultaba su perfidia! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué he amado tanto á esta mujer? ¿Por qué si he cifrado en ella mi ventura, me corresponde con la ingratitud y la traición? (*Queda algunos instantes pensativo*). ¡Oh! Esto es infame! No solamente le he consagrado mi cariño.... He hecho mucho más; la he constituído en depositaria de mi honor; y no conforme con desgarrarme el corazón, ha llenado de oprobio el nombre que la he dado, el nombre que ante la sociedad con tanto orgullo llevo! Oh! Sí. No sé cómo vengarme de ella! ¡Si es imposible!... ¿Dónde encontrar un tormento, no digo igual, siquiera semejante, al que en estos momentos sufro?.... ¡Si me parece mentira!.... ¡Si creo que estoy bajo la influencia de una espantosa pesadilla! ¡Matilde capaz de tal villanía! No, Dios mío, no!.... si no puedo, si no quiero creerlo! ¿Estaré soñando?.... Pero no; no es sueño; es la realidad. La melancolía que desde hace tanto tiempo se ha apoderado de ella, los suspiros que á su pesar se escapaban de su pecho, las lágrimas que repetidas veces he sorprendido en sus ojos, el cambio, en fin, de su carácter, tienen por causa el amor que por otro hombre experimenta, son otras tantas pruebas, por cierto irrecusables, de mi vergüenza y mi des-

gracia.... Y si esto no fuera ya bastante, esta carta, *(Sacando de la bolsa y leyendo la dirección con marcada expresión de ira)* haría imposible la duda "Señor D. Ricardo García." Ahora me explico el interés que demostraba por él! ¡Torpe de mí que nada sospechaba!.... Si yo pudiera adivinar el contenido de la carta que esta cubierta encierra.... En ella le hará calurosas protestas de amor, le recordará los dulces momentos que juntos pasaron en el último baile que se dió en la casa de Julia. Para concurrir á esa fiesta no opuso ningún obstáculo, al contrario, con demasiado gusto recibió la invitación!.... ¿Y por qué no he de leerla? Matilde es mi esposa. El único móvil que puede haberla impelido á escribir esta carta es el amor; tengo derecho para juzgar de sus acciones. ¿Por qué vacilo? ¡Ah! El hecho sólo de quebrantar esta nema, importa una villanía, y me estimo demasiado para llegar á cometerla. *(Arroja con despecho la carta sobre el escritorio y se pasea con agitación).* Sin embargo, ¿no guarda este papel la prueba evidente de mi deshonra? ¿No oculta la demostración palmaria, de la infamia de Matilde? Sí, esto es verdad; pero si ella ha sido capaz de envilecerse, yo, cumpliendo como caballero, sabré respetarme á mí mismo. Sin embargo, es preciso que me imponga de lo que Matilde ha escrito, que conozca toda la extensión de su perfidia. Pero cómo?.... ¡Ah!... Yo seré el portador de este billete, obligaré á ese hombre á que en mi presencia lo lea, y el momento en que concluya su lectura, será también el último de su existencia. *(Toma el sombrero y se dirige á la puerta del foro, en esos momentos entra Rosa trayendo unos billetes de Banco en la mano, los cuales viene contando. Se encuentra con Javier, al verlo procura ocultar los billetes sin llegar á conseguirlo).*

ESCENA 4.ª

Javier.—Rosa.

ROSA.

(*Con notable turbación ocultando violentamente los billetes*). Ah!

JAVIER.

(*La toma de la mano y la trae al proscenio con calma, teniéndola siempre asida*). Dime ¿Qué es lo que has ocultado?

ROSA.

Nada.... señor....

JAVIER.

¿Por qué tiemblas? Enséñame lo que traías en la mano.

ROSA.

Señor.... son unos billetes de Banco. (*Entregándoselos*).

JAVIER.

(*Sumamente admirado y tomándolos*). ¡Billetes de Banco! (*Para sí*). (No acierto á comprender). De dónde los has traído? ¿Quién te los ha entregado? ¿Para quién son?

ROSA.

(*Con resignación*). Son para Matilde. Sería imposible negarlo.

JAVIER.

(*Contando los billetes*). Para Matilde! (Debía haberlo adivinado).... Cien.... doscientos.... cuatrocientos.... setecientos pesos. ¿Y cuál es la procedencia de esta suma?

ROSA.

No puedo decirlo. (*Con respeto; pero con decisión*).

JAVIER.

¿Qué no puedes decirlo? Y por qué? ¿No conoces á la persona que te la ha entregado?

ROSA.

(*Con dignidad*). Sí, la conozco; pero no revelaré su nombre. He prometido á Matilde que guardaría este secreto, y cumplo mi promesa.

JAVIER.

Ah! Entonces no eres un instrumento ciego en esta infame trama. Eres la confidente; más que la confidente, la cómplice de mi mujer. Debes saberlo todo y vas á revelármelo. (*Tomándola con violencia de la mano*).

ROSA.

(*Procurando desasirse*). No puedo, señor, no puedo.

JAVIER.

(*Exaltado por la cólera*). ¡Rosa! Rosa! ¿No comprendes el mal que con tus reticencias me estás causando? Tu obstinada negativa me va á hacer olvidar que eres mujer!

ROSA.

Señor, es imposible que hable. Recuerde usted que he alimentado á Matilde con mi sangre, que la he criado á mis pechos, que la quiero como si fuera mi propia hija, y me ha dicho que su tranquilidad dependía de mi silencio.

JAVIER.

¿Y no estás mirando que yo he perdido la mía? ¡Habla! ¡Lo quiero! ¡Lo mando! (*Haciéndole violencia*).

ROSA.

(*Suplicando, demostrando dolor, y cayendo de rodillas*). Se-

ñor! Señor! (*En estos momentos aparece Matilde en la puerta de su habitación. Javier deja libre á Rosa que permanece en medio del proscenio arrodillada y sollozando*).

ESCENA 5.ª

Javier, Rosa y Matilde.

MATILDE.

(*Acercándose violentamente á Rosa y levantándola*). ¿Qué pasa, Rosa?

ROSA.

Arrojándose en los brazos de Matilde. Te juro que no ha sido mía la culpa.

MATILDE.

¡Que no ha sido tuya la culpa!.... Javier, explícame lo que ha sucedido. Quiero saberlo!

JAVIER.

Te indiqué hace un rato que deseaba estar solo. ¿Por qué has venido?

MATILDE.

Las voces que daba Rosa han llamado mi atención, y ahora la actitud suplicante que á tus pies guardaba, y las lágrimas que está derramando, exigen que sepa lo que aquí ha pasado.

JAVIER.

Tienes razón en ocurrir á la defensa de tu cómplice; pero te advierto, Matilde, que estás agotando mi paciencia.

MATILDE.

Mi cómplice! No comprendo lo que quieres decir.

JAVIER.

¿Que no comprendes? Yo soy el que no acierto á comprenderte! Ven, acércate y dime quién y por qué motivo te enviaba estos billetes!

MATILDE.

¡Ah!

ROSA.

(*Acercándose á Matilde y sollozando*). ¡Perdóname, hija mía, no he podido evitarlo!

MATILDE.

(Torpe de tí!) (*Bajo á Rosa*). (*Alto á Javier con angustia*). Javier, te suplico no me preguntes nada.

JAVIER.

Ah!.... Que no te pregunte.... Tampoco me quieres contestar! Temes sin duda que envolviendo con ellos una bala se los devuelva al hombre que se ha atrevido á enviártelos.

MATILDE.

(*Suplicando*). ¡Calla, Javier, calla. No sabes lo que dices.

JAVIER.

¡Vamos! Basta ya! Rosa me ha dicho que este dinero era para tí. (*Tomando á Matilde de la mano é imperiosamente*). Exijo que me expliques su procedencia.

MATILDE.

No me obligues á que haga una penosa confesión.

JAVIER.

(*Casi en el colmo de la exaltación*). Te digo que quiero saberlo todo!.... ¡Pero.... ¡Ay de tí si pretendes engañarme!

MATILDE.

(*Con suma dignidad*). ¡No tienes derecho para dirigirme esa amenaza! Vas á saber lo que deseas. Rosa, responde. ¿Adónde fuiste á cobrar ese dinero?

ROSA.

(*Vacilando y mirando con angustia á Matilde*). Si tú lo mandas....

MATILDE.

Sí, habla.

ROSA.

Como me habías dicho....

MATILDE.

Es inútil ya el silencio!

JAVIER.

(*Impaciente*). Vamos, contesta!

ROSA.

Fuí á cobrarlo á la casa de D. Claudio Pérez.

JAVIER.

(*Con admiración á Matilde*). Era Pérez tu deudor?

MATILDE.

(*A Rosa*). Continúa.

ROSA.

(*Sumamente temerosa y vacilante*). Matilde le vendió el collar que usted le había regalado.... Es el último abono.

JAVIER.

(*Estupefacto á Matilde*). ¡Que tu vendiste el collar que yo te regalé! (Ah! comprendo). (*A Matilde con acento concentrado*). ¡Miserable!.... (*A Rosa*). Retírate! ya no te necesito!

ROSA.

(*Vacilando y mirando á Matilde*). Señor....

MATILDE.

(*Dulcemente*). Obedece.

(*Vase Rosa*)

ESCENA 6.ª

Javier y Matilde.

Matilde permanece de pie apoyada en el escritorio. Javier se pasea meditabundo y abstraído. Después de algunos instantes, la toma de la mano, la conduce al sofá y la obliga á sentarse, toma una silla y se sienta á su lado.

JAVIER.

Tiempo es ya de que tengamos una explicación franca, de que me hagas conocer el misterio que envuelve tu conducta, de que disipes las dudas... ¡Qué digo disipar las dudas!... ¡De que destruyas, si te es posible, las pruebas que tengo de tu falsía!

MATILDE.

¡Javier!

JAVIER.

No me interrumpas! ¡Escúchame! Al unir para siempre mi existencia con la tuya, ebrio de amor abrigaba la dulcísima ilusión de que la felicidad, que en esos momentos creí haber conquistado, sería eterna: mi apasionada fantasía me hacía entrever un porvenir de paz y de ventura, constituyendo un hogar cuya tranquilidad nada sería capaz de perturbar. Así aconteció durante los primeros años de nuestro matrimonio. No hubiera cambiado mi suerte por la de hombre alguno.... Si lejos de tí experimentaba las penalidades de la vida (*Con ternura*) al volver á tu lado las inapreciables caricias que me prodigabas, dulcificaban y con

creces mis disgustos. Ligeras nubes comenzaron á empañar el horizonte de mi dicha! Por desgracia, paulatinamente fuiste olvidando la sagrada misión que con el carácter de esposa tenías que cumplir. Poco á poco me fuiste escaseando las demostraciones de tu cariño, y comenzaste á hacerme temer que compartiera tu amor con algún otro!

MATILDE.

¡Javier, eso no es cierto! He procurado llenar en lo posible los deberes que he contraído.

JAVIER.

¡Que no es cierto lo que digo! ¿Quién si no tú arrojó en mi corazón la horrible semilla de la duda? Semilla que ha producido sus frutos envenenando con ellos mi existencia! ¿Quién si no tú, ha hecho que tema traspasar los umbrales de esta casa? ¿Quién si no tú, ha convertido mi hogar en un infierno? ¡Las nubes que al principio aparecían en lontananza, han entoldado y para siempre el cielo de mi vida!

MATILDE.

¡Eres injusto! Los motivos que has referido no son bastantes para que dudes de mi amor! Y si alguna de mis acciones te ha parecido sospechosa, algún móvil demasiado poderoso debo haber tenido para obrar como lo he hecho! Repito, eres injusto, como lo son todos los hombres cuando se trata de juzgar á una infeliz mujer. Una simple duda, una sospecha es bastante para declararla culpable. Si por desgracia, alguno se jacta de haber poseído su amor, el dicho sólo de este miserable es bastante para que sin piedad se la condene, para que se la considere indigna de llevar el título de esposa, y no se la tenga ninguna consideración. Esa liviana criatura apenas merece que se le arroje un pedazo de pan en cambio de sus caricias. Por el contrario el hom-

bre galante, el hombre de mundo, el hombre de la alta sociedad, debe contar sus conquistas por millares: mientras más víctimas haya sacrificado á su torpeza, más brillantes serán sus timbres de elegancia. (*Sollozando y con amarga ironía*). ¡Tienen razón! La mujer es un ente que no tiene sentimientos! Que carece de alma! Su honor es un juguete de tan insignificante valor que cualquiera puede divertirse con él haciéndolo pedazos!

JAVIER.

Si yo no sospecho de tí! Si no dudo ya de tu perfidia! Tienes marcado en la frente el estigma de la mujer perjura!

MATILDE.

Te perdono ese insulto porque no lo merezco, y porque al dirigírmelo me estás dando una prueba de tu amor!

JAVIER.

Si no lo mereces dime ¿qué has hecho de las joyas que te he entregado?

MATILDE.

(*Con firmeza y tranquilamente*). Lo sabes ya! Las he vendido.

JAVIER.

¿Y el producto de su venta?

MATILDE.

Lo he destinado á un obsequio que es inútil que te diga.

JAVIER.

Y finalmente esta carta. (*Mostrándosela*).

MATILDE.

(*Demuestra en sus ademanes y movimientos mucha indecisión, al fin se resuelve*). Sabía que estaba en tu poder. Ya que es inevitable, leéla.

JAVIER.

(*En el colmo del asombro al ver la actitud de Matilde*). ¿Me autorizas para ello? Y en tu presencia!

MATILDE.

Sí!

JAVIER.

(Dios mío! Será inocente?) (*Vacila un momento y al fin abre la carta*). Veamos. (*Lee la carta para sí, á medida que avanza en su lectura la expresión de su fisonomía demuestra la admiración y la ira que de él se apoderan. Al concluir se dirige ciego de cólera á Matilde*). ¡Esto es increíble! ¡Llevas tu audacia hasta el cinismo! ¡Desgraciada! (*Levanta los puños con ademán amenazador. Matilde se retira*).

MATILDE.

¡Javier!.... (*Conteniéndolo con un digno ademán*). Un caballero siempre respeta á la mujer que lleva su nombre.

JAVIER.

(*Conteniéndose*). Tienes razón: pero también se venga!

MATILDE.

¿Quiéres vengarte? ¿Y de quién? Ricardo García debe ser sagrado para tí y yo no te he ofendido.

JAVIER.

¡Es muy poca toda la sangre de ese hombre para lavar mi afrenta!

MATILDE.

¡Calla! Javier. ¡Calla! Cada una de las palabras que pronuncias me hace estremecer de horror. La pasión de los celos está ofuscando tu razón! ¡Escúchame!

JAVIER.

¡No quiero oir nada! Para formar mi resolución me basta con lo que he visto.

MATILDE.

¡Te suplico que me escuches! Muy breve será mi narración.

JAVIER.

Pues bien, habla; pero te advierto que será muy difícil me hagas opinar de otra manera.

MATILDE.

Siéntate! (*Obligándolo dulcemente. Se sientan*). ¿Recuerdas los primeros meses de nuestro matrimonio?

JAVIER.

¿Por qué evocas esa época feliz que pasó para no volver jamás?

MATILDE.

Porque es preciso. Porque en esa época comienza la historia que voy á referirte. Un negocio urgente te obligó á ir á México. Quedé acompañada de Rosa. Una tarde fuí á visitar á mi madre. Al volver encontré cerca de esta casa á una mujer pobremente vestida, llevando de la mano á un niño como de doce años de edad. La infeliz se acercó tímidamente á mi, y llena de rubor imploró mi caridad. Lo doliente de su voz, me conmovió de tal manera que no me pareció bastante el dinero que llevaba para aliviar su situación. Deseando ofrecerle mayores recursos la invité á que me acompañara, y al llegar á esta habitación, cuando pude contemplar de cerca su semblante, reconocí en ella á una antigua amiga de la infancia. ¡No quería dar crédito á mis ojos! Clara.... Así se llamaba la pordiosera. No era ya la niña alegre y bulliciosa que había sido la compañera de mis jue-

gos, no era tampoco la joven rica y elegante, citada en nuestra sociedad como un modelo de buen gusto. ¡No! Era una mujer envejecida por la desgracia, una mujer en cuyo rostro se adivinaba que era presa de la enfermedad y la miseria. Poseída de lástima, y al mismo tiempo de curiosidad, le supliqué me dijera por qué no estaba al lado de sus padres y me relatara lo que le había acontecido.

JAVIER.

(*Demostrando interés*). No te detengas, prosigue. ¿Que fué lo que te refirió?

MATILDE.

(*Con amarga ironía*). Una aventura de amores, una aventura de esas que acontecen todos los días, y que por ser tan vulgares ya nadie se fija en ellas. Me refirió.... (*Con acento concentrado y acercándose á Javier*) que un joven..... cuyo nombre no recuerdo.... hizo conmover su corazón con las protestas ardientes de una pasión fingida: que ella inocente, débil é incauta, cediendo á sus ruegos, después de haberle sin reserva entregado sus más puros sentimientos lo hizo dueño de su honor, y que á poco tiempo su seductor la abandonó cuando llevaba en su seno el fruto de su desgraciado amor. Clara, agobiada por el dolor y la vergüenza huyó del lado de sus padres. Supo ocultarse á todas las miradas abandonando esta ciudad, y subvenir á las necesidades de su existencia con su personal trabajo. El niño que se abrigaba en sus entrañas, vió la luz primera en la cama de un hospital!

JAVIER.

(*Conmovido*). Y después ¿qué pasó?

MATILDE.

¡Ah! Parece que mi narración despierta tu interés. ¡Po-

bre madre! ¿No es verdad? Pobre mujer cuyo único pecado había consistido en dar crédito á las falaces promesas de un perjuro!

JAVIER.

¡Continúa, Matilde, continúa!

MATILDE.

Muy largo sería describirte los sufrimientos que durante doce años experimentó mi amiga, muy doloroso pintarte las privaciones que se impuso para vestir y alimentar á su hijo, para poder darle alguna educación. ¡Fueron tantas que le ocasionaron la enfermedad que la llevó al sepulcro! Inútiles fueron los cuidados que le prodigué, los esfuerzos que hice por salvarla, al fin murió encomendándome desempeñara para con el niño los oficios de una madre, y que cuando lo creyera oportuno pusiera en sus manos el retrato de la desgraciada que le había dado el ser: única herencia, única prenda que de su amor podía legarle! Así se lo ofrecí á la moribunda, y creo haber cumplido el compromiso que contraje! Desde entonces todo cuanto podía obtener lo consagraba al pobre huerfanito! Las joyas que me regalabas, en el acto las vendía para fomentar su educación. ¡Dios ha premiado mis desvelos! (*Con natural orgullo*). ¡El niño enfermizo é ignorante que adopté, es ahora un joven instruído, bello y elegante!

JAVIER.

(*Turbado y vacilante*). ¿Conservas en tu poder el retrato de tu amiga?

MATILDE.

Sí, á él aludía en la carta que acabas de leer.

JAVIER.

(*Sumamente conmovido*). Enséñamelo Matilde! Necesito

verlo. (*Aparte y mientras Matilde se dirige al escritorio en busca del retrato*). ¡Qué horrible ansiedad! Será ella?

MATILDE.

Aquí lo tienes. (*Entregándole el retrato*).

JAVIER.

(*Contempla el retrato con espanto y se acerca á Matilde, trémulo*). ¡Dios de bondad! ¿Y te reveló el nombre de su seductor?

MATILDE.

Sí! Tú eres el padre de Ricardo.

JAVIER.

(*Cayendo conmovido á los pies de su esposa*). ¡Perdóname, Matilde!

MATILDE.

(*Levantándolo cariñosamente*). Unicamente puedo perdonarte las injustas sospechas que de mí concebiste. (*Con entera convicción*). No me corresponde juzgar de tu pasado!

JAVIER.

Las palabras que acabas de pronunciar, revelan los hermosos sentimientos que abriga tu corazón. (*Tímidamente y ruborizándose*). Pero no comprendo por qué, profesando tales ideas, me has ocultado las confidencias que te hizo Clara.

MATILDE.

(*Con dulzura*). La conducta que he observado ha sido consecuente con mis ideas. Si no me corresponde juzgar de tu pasado, tu presente es todo mío. Y dime Javier? (*Atrayéndolo cariñosamente*). ¿No es cierto que si te hubiera revelado que conocía la historia de tus amores con Clara: que la había socorrido en su desgracia, y que yo siendo tu esposa, había adoptado al hijo que abandonaste; te hubiera causado profundo sentimiento? No, Javier, imposible! ¡La

esposa que como yo ama á su marido, no debe dar ocasión, no debe permitir por ningún motivo que aquél que le dió su nombre se sonroje en su presencia! No soy yo la que ha violado el secreto que Clara me confió. Tú lo has sorprendido!

JAVIER.

(*Con arrobamiento*). ¡Matilde! ¡Matilde! Pero ahora que lo sé todo, que has perdonado la falta, qué digo la falta, el crimen que cometí en mi juventud. (*Suplicando*). Me permitirás que abrace á mi hijo, al hijo que tú me has conservado, que estreche á Ricardo contra mi corazón?

MATILDE.

(*Con suma dulzura*). No es tiempo aún. La presencia de Ricardo en esta casa comprometería ahora como antes la tranquilidad de nuestro hogar. Ricardo no es ya un niño; comprende la causa de las desventuras de su madre, y al saber que tú eres el autor de su existencia, y que habías dejado transcurrir tan largo tiempo sin buscarlo, sin haber procurado siquiera endulzar los padecimientos de la que le hizo el sacrificio de su vida; tal vez se resistiría á otorgarte sus caricias, á darte el dulce título de padre.

JAVIER.

(*Con acento apasionado*). ¡Mi Matilde! ¡Mi bien! Tus sencillas palabras encierran una terrible lección! Ellas envuelven el castigo que mi conducta merece!

MATILDE.

¡En tu mano está conquistar el cariño de tu hijo! La misión que acepté es ya superior á mis fuerzas, ayúdame á concluirla. Pronto partirá para Europa con objeto de conocer los adelantos que ha hecho la ciencia en la grandiosa profesión de ingeniero que ha abrazado, á tí te toca abrirle las puertas del porvenir. Pasado algún tiempo, cuando

3 0112 117465374

vuelva á su patria, tendré el orgullo de decirle que tú eres su padre, y juntos compartiremos sus caricias!

JAVIER.

(*Sumamente conmovido se arrója sollozando en los brazos de Matilde que lo recibe con amor*). Esposa mía! Eres un ángel!

MATILDE.

(*Con ternura y modestia*). Soy únicamente una mujer que ama con todo el corazón á su marido!

TELON.

(1) NOTA: *Si la actriz que desempeña el papel de Matilde no cantase, se podrá sustituir este pasaje de la manera siguiente:*

MATILDE.

Aun cuando pensaba darte una sorpresa, ya que á ello me veo obligada, voy á enseñarte una acuarela que estoy acabando, y que representa la simpática casa de campo en la cual transcurrió nuestra luna de miel. (*Se dirige á su cuarto. Entre tanto Javier distraídamente, etc*).

JAVIER.

¡Dios mío! etc.

MATILDE.

(*Volviendo y mostrando á Javier la vista de una casa de campo*). Vamos, amigo mío, dame tu parecer! Acaso no es de tu gusto?

JAVIER.

Ahora como siempre has manejado el pincel con suma delicadeza.

MATILDE.

(*Colocándolo sobre el escritorio*). Sin embargo . . . . etc., etc.